

EL SANTO GRAAL EN LA LEYENDA CATALANA

Según una leyenda, nuestro padre Adán construyó una rica y magnífica copa obrada con madera de la más bella y olorosa de las que pudo hallar en el Paraíso. Esta copa fué su único patrimonio; la conservó con gran celo y la traspasó cuidadosamente a sus descendientes. El Patriarca Henoc fué el que la tuvo en más estima y de él pasó a Noé quién cuando el diluvio la guardó cariñosamente en su barca con el máximo interés de que no se estropeará. Sin que se expliquen los caminos seguidos esta copa formaba parte del tesoro del tiempo del rey Salomón y pasó a poder del magnate judío Lázaro el leproso, quién la ofreció a Jesús la noche de la Santa Cena para que con ella bebiera el vino con el que instituyó la Sagrada Eucaristía. Así pues, según esta leyenda el Santo Graal era de madera obra del primer hombre y el primer objeto material existente fabricado por mano humana. Se ignora el camino seguido por esta copa después de la Santa Cena, solo se sabe de ella que no se ha destruído a pesar de ser desconocido su paradero. Su existencia se vincula con la del hombre, puesto que con él nació y con él debe acabar y de ahí que su pérdida o desaparición traiga aparejado el fin del mundo. Por efecto de esta creencia la representación simbólica del mes de enero se había figurado por el anciano Noé con una llave en la mano indicadora de que abría el año y encerraba la idea del tiempo y en la otra la copa por él obrada; es decir con el Santo Graal emblemático de la eternidad del tiempo y del mundo. Esta interpretación simbólica aparece en la representación del primero de los meses del famoso calendrio catalán incunable del acreditado astrólogo Bernat de Granollachs, conocido en el mundo bibliográfico universal por Lluñari den Granollachs.

La naturaleza objetiva del Santo Graal está envuelta en el misterio. Aparte de la opinión de que originariamente fuese una piedra informe po-

seída de virtudes y de propiedades de maravilla, en un terreno ya más objetivo, se cree que el Santo Graal es la fuente en que fué servido el Cordero Pascual en la última cena ofrecida a Jesús y a su Colegio Apostólico por el Tetrarca de Judea. Según otros, no es la fuente, sino la rica y preciosa copa en que el Redentor bebió el vino de la Cena. Para otros aún, se trata del vaso de oro y piedras preciosas con que José de Arimatea recogió la sangre del Señor clavado en la cruz. De las tres opiniones hemos hallado vestigios en nuestra tradición oral y no escrita.

Según una anciana de Tortosa, entre el inmenso tesoro que constituía el patrimonio real del monarca moro de la ciudad, figuraba la magnífica fuente usada durante la última Cena de Jesús, la que, según decir de la madre de la comunicante, habían traído los moros de su país al establecerse en aquella población, mientras que al decir de su padre, la trajo San Rufo de la Judea al fundar la ciudad de Tortosa, que evangelizó. La dejó custodiada en la catedral como preciada reliquia. Pero cayó en poder de los sarracenos cuando se apoderaron de Tortosa. El conde Ramón Berenguer IV el Santo, al reconquistar la población recuperó la sagrada reliquia y la cedió a los genoveses en premio a su ayuda en aquella dura campaña. La consideraron como la mejor de las pagas, trasladándola a Génova, donde la veneraron con gran devoción bajo el nombre de Santo Catino.

Una leyenda análoga se cuenta de la conquista de Almería por parte del rey de Castilla, ayudado por catalanes y genoveses recibiendo éstos, en pago, el Santo Catino y los catalanes el resto del botín de guerra, entre el que nuestro Conde se trajo las puertas de la ciudad, puertas que según la leyenda fueron aplicadas a uno de los portales del segundo recinto murado de la ciudad de Barcelona. Se conservaron en los depósitos que poseía la ciudad en la calle de Les Sitges, hasta que fueron

derribados hace más o menos un siglo.

Volvamos a la tradición catalana del Santo Graal, de la que nos hemos desviado un tanto. En la iglesia del convento de las Jerónimas de nuestra ciudad, situado en la calle de San Antonio Abad, junto al Padró, se veneraba un cáliz que se decía que fué el que usara el Mesías en la Cena. Este Cáliz, que en nuestra infancia habíamos admirado más de una vez, tenía engastada en la cavidad interior de su base que formaba el pie, una gruesa medalla, casi del tamaño de un pequeño plato, que según voz de la tradición era uno de los treinta dineros cobrados por Judas en pago de su traición. No hay para qué decir que la medida de la tal medalla era exageradísima, superior, a la propia de una moneda de las de mayor tamaño. Esta reliquia se perdió con la destrucción del templo y del convento el año 1909.

En las fragosidades del cabo de Creus, entre las poblaciones de Cadaqués y de Selva de Mar, se conservaban, hasta ha pocos años, ruínas de una pequeña ermita montañesa dedicada a la Virgen de Blancaflor. Debía su advocación a venerarse en aquella capilla solitaria una flor blanca, cual la leche, en forma de agudo cáliz, en el que el apóstol San Pedro recogió las últimas gotas que manaban del lacerado cuerpo del Salvador en su agonía. El discípulo preferido guardó cual reliquia preciada la flor y su divino contenido, conservándolo siempre consigo a pesar de sus innúmeros azares y afares, hasta que un día se la entregó a su entrañable amigo Pablo, encargándole que la guardara con el mismo celo que él lo había hecho. Al venir este apóstol a evangelizar la Península, trajo consigo la reliquia. La dejó depositada en la referida ermita ampurdanesa, sin que la tradición detalle las circunstancias que le indujeron a ello. El pequeño templo se arruinó hace muchos años, sin que la voz popular sepa su paradero. Pero su recuerdo vive aún en la memoria de los ancianos de la comarca.

La reliquia de los musulmanes de Tortosa se refiere a la Fuente de la divina Cena. El Cáliz de las monjas Je-

rónimas de Barcelona trataba de ser la copa en la que Jesús bebió el vino, y la blancaflor ampurdanesa el vaso vegetal en que fué recogida la sagrada sangre del Redentor. Existen, pues, en la tradición catalana, muestra de las tres interpretaciones materiales y objetivas del Santo Graal.

Cuenta también la leyenda que después del falso beso de Judas, se produjo gran confusión en casa del magnate Lázaro que había cobijado el Colegio apostólico y había ofrecido la Santa Cena a Jesús y a sus discípulos. Un judío se apoderó de la valiosa copa de ágata pura en que el Mesías bebió por última vez y la trajo a casa de Pilatos como preciada joya.

Una vez crucificado el Redentor, José Arimatea que estaba al servicio de Pilatos, el cual tenía fe en la palabra del Maestro, pretextando que el Pretor le adeudaba unas soldadas le pidió, en compensación que le cediera el cuerpo de Jesús. El Pretor no tuvo inconveniente en ello y puesto que tanto le quería así mismo le dió la Sagrada Copa. Al descender el Crucificado ayudado por Nicodemos, el cuerpo aún manaba sangre de sus heridas la cual fué amorosamente recogida en la Sagrada Copa.

Al ver que José trataba de apoderarse del cuerpo del Mesías los judíos le apresaron y le encerraron en lóbrega cárcel en la que en medio de la obscuridad de la noche le visitó Jesús radiante de luz que traía en sus manos el sagrado vaso rebosante de su propia sangre el cual cedió a su discípulo José para que se sirviera de él como símbolo del nuevo credo encargándole que lo traspasara a sus creyentes para que lo conservaran eternamente como testimonio de fe. El Santo Cáliz fué llevado a Asia por los primeros cristianos pasando de allí a occidente al extenderse el cristianismo. En momentos de dura persecución la valiosa joya se escondió en un abrupto y escabroso bosque pirenaico. Un obispo de Huesca que tomó parte activa en la batalla de Guadalete, la traía consigo en la refriega y se tiene por cierto que la gran victoria obtenida contra los moros se debe a la acción protectora



Representació del mes de gener del llunari quatrecentista de Bernat Granollachs. (Biblioteca Central.)

de esta Santa Reliquia la mayor de cuantas existen.

Según otra tradición el noble ciudadano de Jerusalén José de Arimatea, para conservar un recuerdo del gran Maestro Jesús por cuyas enseñanzas se sentía muy atraído, durante la crucifixión, fué al palacio del Tetrarca y apoderándose de la valiosa copa usada para la comida de la noche anterior, corrió al Gólgota y recogió con ella la preciosa sanbre que manaba de las heridas del Mesías, guardando celosamente el contenido y continente como sagrada reliquia. Después de la muerte del referido discípulo, el Sagrado Cáliz pasó a Oriente y más tarde a Roma, hasta que en los últimos tiempos de la persecución cristiana, temeroso el diácono San Lorenzo de la profanación de la reliquia por parte de los gentiles, la confió a un santo varón con el sagrado encargo de que la trajera a la península y la escondiera en

lugar sagrado perdido y olvidado entre las fragosidades de un monte solitario.

El misionero portador de la Sagrada Reliquia tropezó en su camino con dificultades sin cuento. Sus esfuerzos para evitar la pérdida de tan valiosa joya fueron inauditos. Cada vez que le acechaba algún peligro una paloma bajaba del cielo y le prevenía a la vez que con su vuelo le guiaba hacia caminos emboscados alejados de la mundana envidia y malicia que pudiera hacerle perder su tesoro. Para huir de todo riesgo, de noche pernoctaba en los más espesos bosques y para que no se extraviara en las frondosidades y en la espesa obscuridad de la noche el Santo Cáliz irradiaba una luz fulgurante que le iluminaba a la vez los ojos del alma. Cuando por alejarse del mundanal contacto se veía privado de bebida y de comida, el Cáliz le procuraba perfumado líquido y sabrosísimo